

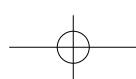
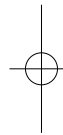
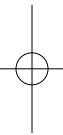
PRIMERA PARTE

Londres: La emoción de ser la presa

La emoción de ser la presa resta la mitad, al igual que la emoción de ser controlado resta al caballo la mitad cuando la persona emocionada es alguien sensato.

- I. Blois: El molino en movimiento
- II. Amboise: Tiene lugar un accidente
- III. Blois: La angustia permanece
- IV. Londres: Rodeado por los lobos
- V. Londres: Una traición deliberada
- VI. Londres: La ortiga y el veneno
- VII. Londres: Promesa de ayuno

¹ NdT: Las frases que aparecen en los encabezamientos de cada capítulo son extractos de las Leyes de Brehon, por las que se rigió Irlanda hasta hace pocos siglos. Se piensa que fueron redactadas en el período comprendido entre los siglos V y X d. C.



I

Blois: El molino en movimiento

El molino no se pone en marcha por sí solo. Alguien tiene que hacerlo. Justo es que quien lo ponga en movimiento sea quien asuma la responsabilidad.

Margaret Erskine pasó las semanas que siguieron dividida entre numerosos frentes. El viaje de Stewart a Irlanda podría durar hasta un mes, y eso si no sufría algún contratiempo en su misión que retrasara su vuelta. Así pues, disponía de un mes de espera. Un mes viendo cómo Thady Boy volvía a sus excesos con la habitual inconsciencia y aparente desenfado. Un mes viendo cómo Jenny, la gloriosa Jenny, se dedicaba tranquilamente a rodearse de una corte propia de admiradores no precisamente desinteresados. En menos de cuatro meses nacería el bastardo real, su futuro medio hermano o media hermana. Margaret era perfectamente consciente de las reacciones que aquello estaba provocando entre el círculo de mujeres próximas al Rey. A Jenny, sin embargo, no parecía importarle demasiado dada la nula atención que les prestaba. Ella nunca había esperado ser tratada con especial deferencia. Asumía simplemente que, una vez la noticia se hiciera pública, esa deferencia llegaría por sí sola.

Por suerte, había transcurrido bastante menos de un mes cuando las silenciosas súplicas de Margaret, preocupada cada vez más por la suerte de Lymond, se cumplieron. Mucho antes de lo que ella se hubiera atrevido a esperar, Richard Crawford, tercer barón de Culter, acompañado de un séquito reducido pero selecto, llegaba a Blois obedeciendo al requerimiento real.

El mismo día de su llegada, por la mañana temprano, regresaba también a la corte John Stewart d'Aubigny. Volvía de una breve estancia en su castillo de La Verrerie, por lo que no estaba al tanto de las últimas noticias. Tan pronto como le fue posible, acudió a ver a Thady para preguntarle la razón por la que había partido O'Liam-Roe. Le acompañaba George Douglas.

El bardo se encontraba en la terraza jugando a los aros en compañía de un grupito de lo más eufórico. A la mirada especulativa de sir George no escaparon los ojos hinchados, la pérdida de peso y el aire general de abandono del joven. Al primer vistazo, Douglas llegó a la conclusión de que Lymond había estado enfermo de gravedad y que aún no se hallaba del todo recuperado.

Sin embargo, Thady Boy respondió a las cuestiones de d'Aubigny en su acostumbrado tono desenfadado.

—¿Acaso desconfiáis de la versión oficial? El Príncipe recibió un mensaje urgente de su casa. Al menos eso dijo.

—Ya lo sé —dijo lord d'Aubigny rápidamente—. Pero...

—No cabe duda de que sois un excelente conocedor del género humano —le interrumpió Thady, jovial—. Por supuesto que no hubo tal mensaje. Phelim O'LiamRoe se sentía deprimido, impotente e incapaz. Estaba verdaderamente de lo más esquivo. El amor trastocó todos sus planes y decidió que lo mejor sería volver a casa. Oonagh O'Dwyer era lo único que mantenía a O'LiamRoe en Francia. Creía que todo el mundo estaba enterado de eso.

—Desde luego todo el mundo está enterado —intervino educadamente George Douglas— de la famosa serenata que les ofreció su bardo el mes pasado.

Aliviado, lord d'Aubigny ignoró el comentario.

—Menos mal. Me preocupaba que pudiera haberse marchado por culpa de Stewart. Robin es un buen hombre, pero bastante inestable, ya sabéis. Un poco errático, a decir verdad. Imagino que ya sabréis que os cogió mucho cariño. Incluso llegó a amenazarme hace poco con llevaros con él a Irlanda. Y luego se pasó al extremo opuesto. La última vez que lo vi echaba pestes de todos los irlandeses. Inestable, como os digo. Por eso temía que quizás hubiese dicho o hecho algo...

La enigmática sonrisa de Thady Boy se ensanchó aún más.

—Robin Stewart es un buen arquero, Excelencia, pero demasiado dependiente de los demás. De todas formas no es culpa suya que O'LiamRoe se haya marchado. Fue más bien al contrario, diría yo. O'LiamRoe le dijo a la cara que yo no tenía intención alguna de irme con él a Irlanda, lo cual era cierto, pero yo se lo habría explicado con otras palabras, más escogidas, digamos. Creo que aquello le sentó fatal. Vi a Robin justo antes de que partiera y he de deciros, señor mío, que dudo seriamente que volváis a ver a ese tipo.

Lord d'Aubigny no pareció afectado en lo más mínimo por aquella aseveración.

—¿Y qué me decís de vos, Ballagh? —preguntó amablemente, cambiando de tema—. Vos os quedaréis, espero.

—Todo el tiempo que el Rey lo desee.

—Entonces tenéis que volver a La Verrerie. Tengo unos cuantos amigos invitados que están deseando oírlos tocar. —Todo lo relacionado con el arte era la pasión de lord d'Aubigny—. ¿Os estáis quedando aquí en Blois?

Parte de la corte tenía intención de trasladarse río arriba en breve.

—Parece que sí. Voy adonde me llevan.

D'Enghien, harto de esperar, rodeó al bardo por los hombros con ademán acaparador.

—Querido —dijo tras sonreír a los recién llegados de forma somera—, estáis paralizándolo todo el juego. ¿Os sentís bien?

La sonrisa de suficiencia de sir George estuvo a punto de provocar que Lymond le soltara alguna de sus frases cortantes.

—Más le vale, si va a medirse con ese hombre de Cornualles —apuntó sir George.

Thady Boy intentó disimular su sorpresa. Sacó el aro de metal y se lo cedió distraídamente al exquisito y elegante d'Enghien.

—¿Qué hombre de Cornualles? —preguntó.

El pequeño silencio que sobrevino puso a Lymond sobre aviso.

—Esta noche venís a lo del cardenal, ¿no es cierto? —preguntó d'Enghien—. Pero por supuesto que iréis. Todo el mundo va a ir.

—Después de la cena tendrá lugar un espectáculo de lucha libre —explicó sir George Douglas—. Dicen por ahí que habéis retado a uno de los luchadores. ¿Acaso no es cierto?

El cetrino rostro del bardo reflejó sucesivamente sorpresa, enfado, resignación y por último un salvaje y sospechoso entusiasmo.

—No, no lo es —repuso alegremente Thady Boy—. Parece que alguien quiere añadir un poco de picante a los postres. Puede que el propio cardenal Charles. Pero en materia de retos, *Dhia*, yo nunca me resisto.

Mientras Lymond pronunciaba aquellas palabras, su hermano, Richard Crawford, entraba en el patio y desmontaba al otro lado del castillo.

Dado que el Rey, tras recibir la carta anónima, tenía en el punto de mira tanto a la Reina regente como a sus súbditos escoceses, nadie se atrevió a avisar a Lymond de la llegada de lord Culter. En todo caso, mientras su hermano era recibido por el condestable y llevado a presencia del rey de Francia y de la Reina regente, a quien saludó con tranquilo aplomo, Lymond se dedicó a buscar infructuosamente a cierto luchador.

A última hora de la tarde el hombre de Cornualles seguía sin aparecer, lo cual era un dato bastante significativo en sí mismo. Lymond decidió no perder más el tiempo buscándolo. Se fue derecho a su habitación y se obligó a descansar durante una hora tumbado en su lujosa cama decorada con incrustaciones de carey. Después, tras arreglarse de manera bastante inadecuada para la cena del cardenal Lorraine, un grupo de invitados pasó a recogerlo. El tono subido de las conversaciones de sus compañeros denotaba la excesiva cantidad de aqua vitae que circulaba por sus venas. El pequeño grupo se dirigió al Hôtel de Guisa por su cuenta, evitando hacerlo con la comitiva oficial, entre la que se encontraban la familia real, Diana y el condestable. María de Guisa, reina regente de Escocia, hermana del cardenal, los esperaba allí junto con otro de sus hermanos, el duque de Guisa, con los Erskine y con lord Culter.

A aquellas alturas Richard Crawford de Culter había sido largamente informado sobre todo lo concerniente a su hermano pequeño.

Erskine le había preparado lo mejor que había podido. Le había hecho un resumen de todas sus actuaciones junto con un desapasionado relato sobre su conflictivo comportamiento. Lord Culter lo escuchó con una calma absoluta. En una o dos ocasiones torció el gesto en una mueca.

—Bueno Tom —dijo finalmente—, vos conocéis a Francis tan bien como yo. ¿No habréis perdido la confianza en él, espero?

—No. —La respuesta de Erskine fue inmediata—. Pero os lo advierto, Richard, estad preparado.

—¿Qué pasa? ¿Es que va a aparecer vestido con campanillas y abanico? —Al ver la expresión de duda en el rostro de Tom, se respondió a sí mismo—: No, evidentemente, no. Aunque seguro que le encantaría. Posiblemente causaría furor, por lo que he podido captar de la idiosincrasia de esta excéntrica corte francesa. —Los ojos grises de Richard Crawford tenían una expresión divertida—. Gracias, Tom. Me habéis prevenido con creces.

La templanza de Richard, su decidido aplomo, que a veces podía

rayar en lo excesivo, resultaba como un bálsamo en aquellos momentos de intranquilidad y desasosiego enfermizos. En esa serenidad radicaba la gran fuerza de Culter. Era un hombre fornido, tranquilo y bien parecido, que contaba unos treinta y cinco años. Tras su apariencia sencilla se escondía un hombre íntegro en aquellos tiempos en los que era difícil poder fiarse de alguien. Pareciera como si desde su infancia se hubiera dedicado a contrarrestar la conducta disipada y temeraria de su hermano pequeño, poniendo en ello tanto empeño como el otro en sus aventuras. Porque en lo que Francis había recorrido Europa deslumbrando y cosechando su controvertida fama, Richard había permanecido en casa cuidando de sus extensas posesiones, luchando por defenderlas cuando había sido necesario. Amaba a sus sus tierras y a Mariotta, su morena esposa irlandesa, por encima de todas las cosas.

Por distintas razones, tanto él como su madre se habían sentido aliviados cuando Lymond, teñido de moreno y con aire sardónico, había partido para Francia en busca de placeres y aventuras. Richard no deseaba viajar a Francia con la Reina regente por su propia situación familiar. La Reina, en todo caso, deseaba que permaneciera en el país, pues era uno de los pocos hombres en los que podía confiar. Cuando la misiva del Rey de Francia llegó a Midculter invitándole con insistencia, la carta de la Reina que la acompañaba, censurada y escueta, le indicó con claridad que no era ella quien requería su presencia y que su reacción al encontrarse con él iba a estar seguramente sometida a vigilancia. El rey de Francia había incluido también una invitación para su madre, Sybilla. Lord Culter, por un momento, había dudado en enseñársela, pero después, avergonzado, se la había llevado.

La rubia y delicada belleza que había heredado Lymond podía verse claramente en Sybilla: el albo cabello, las mejillas sonrosadas, los ojos azules.

—Es Francis, desde luego —dijo nada más leer las dos cartas—. Se habrá embarcado en otro de sus grandiosos proyectos poniéndolo todo patas arriba y haciendo locuras hasta maitines... ¿Crees que esperan que aparezca su madre, como una gallina clueca escocesa, toda ingenuidad y amor maternal? Será un placer rechazar la invitación.

Hacía tiempo ya que era de todos conocido que, aunque Sybilla adoraba a sus dos hijos, su alma pertenecía al más pequeño. Richard no sentía envidia; se sentía lo suficientemente feliz en Midculter, su

hogar, como para no negarle a su hermano ninguna parcela de cariño o consuelo adicional. Sybilla estaba dotada de una inteligencia formidable y un atinado control de sus impulsos, como su reacción demostró una vez más.

Le miró preocupada.

—Es una lástima. No es el mejor momento para marcharte.

Él también estaba pensando en Mariotta.

—O bien la Reina tiene problemas, o bien es Francis... o ambos— dijo Richard casi antes de que su madre terminara de hablar—. Cuanto antes vaya y averigüe en qué está metido el necio de vuestro hijo, antes estaremos los dos de vuelta.

A lo largo de su prolongada existencia Sybilla había perfeccionado un absoluto auto-control. Aunque hubiera decidido acompañarlo a Francia, nadie hubiera podido adivinar qué pensamientos se ocultaban tras el semblante de aquella respetable dama.

Pero ella sabía, pues le conocía tan bien como a sí misma, que, de viajar a Francia y encontrarse frente a frente con ese otro hijo más joven, quizás la expresión de Lymond sí le delatará a él.

El caso de Richard, obviamente, era muy distinto.

En medio de aquella comitiva de Borbones bastante achispados, Thady Boy llegó a la Rue Chemonton e hizo su entrada en el Hôtel de Guisa. La estancia, de grandes dimensiones y techo bajo, estaba ya ocupada por su anfitrión y por su hermana, púrpura cardenalicia y regias sedas codo con codo, brillando relucientes.

Margaret Erskine los vio llegar. También vio cómo la mirada de Culter se posaba sobre su hermano brevemente, para desviarse a continuación. Los ojos azules de Lymond se encontraron por un instante con los grises de Richard y después siguieron su recorrido impertérritos e inyectados en sangre hacia su cardenalicio objetivo. Ninguno de los hermanos demostró el menor asomo de reconocimiento. No cabía duda de que aquella pareja era de lo más competente.

Siguió una cena principesca exquisitamente servida. Sin esfuerzo aparente, lord Culter se enfrascó en una conversación intrascendente, perfectamente adecuada, con sus compañeros de mesa. Sólo Margaret, debido al estado de hipersensibilidad aguda en el que se hallaba, pudo darse cuenta de que su atención no se desviaba de su hermano en ningún momento. El comportamiento de Lymond,

como era habitual, rozaba los límites de lo correcto. Cada vez con mayor frecuencia, los comensales que se sentaban a su lado prorrumpián en alegres carcajadas que retumbaban en la estancia como disparos de cañón. Entre ellos, la voz del bardo resaltaba a veces en un tono algo difuso, acorde con la ingesta de alcohol que solía llevar consumido a aquellas horas del día. Cuando los tableros comenzaron a ser desmontados, tanto él como sus compañeros habían bebido en cantidad más que suficiente. Estaban preparados para secundar al bardo en cualquiera de sus extravagantes ocurrencias. Hasta aquel momento, nadie se había molestado en pedirle que tocara.

Al percatarse del estado en el que se encontraba el bardo, el cardenal hizo llamar a los dos luchadores previstos para el primer combate.

Las justas, la esgrima y la lucha con varas o porras eran pasatiempos apreciados desde antiguo. Existía una gran afición en general y tales peleas estaban rodeadas de un ambiente de júbilo y frescura, de bullicio y de aprensión y también de una alegría un tanto morbosa. De nuevo, sólo Margaret parecía haberse percatado aquella noche de la extraña tensión que impregnaba la atmósfera. Parecía como si, de pronto, el espacio que hasta el momento habían ocupado las risas y el ambiente de camaradería hubiese comenzado a encogerse, sustituido por un sentimiento opresivo y amorfo. Corría el rumor de que el jefe de los luchadores, el hombre de Cornualles, había sido retado por Thady. Fuera cierto o no, el bardo parecía dispuesto a luchar y dejó de conversar para dedicarse por entero a estudiar los movimientos de su futuro adversario que ya había entrado en liza contra el primer contendiente. Margaret advirtió que cierta ansiedad afloraba en el macilento rostro de Lymond. Aquello la preocupó. Por regla general, los pensamientos del joven no solían verse reflejados en su rostro con tanta facilidad.

Durante el combate su intranquilidad fue en aumento. El contendiente más menudo no le resultaba familiar. El otro púgil, oriundo de Cornualles, ya había luchado en otra ocasión en la corte, concretamente en la noche de diciembre en la que Thady Boy había despertado a todo Blois con su carrera por los tejados. Era un hombretón sólido, de más de un metro ochenta de estatura, con brazos y piernas largos y poderosos y la tez pálida y rojiza característica de los rubios. Tenía el cráneo afeitado, al igual que su compañero. Ambos vestían un atuendo de piel de gamuza que se adaptaba a sus

cuerpos como una segunda piel y llevaban los pies descalzos. Las armas eran las habituales en aquel tipo de lucha: la porra de madera y el escudo rematado en un pincho de hierro. El aceite hacía relucir sus tensos y abultados músculos. Los luchadores gruñían, jadeaban, gemían y entraban en colisión y sus siluetas, recias, pringosas y afeitadas, rojizas a la luz del fuego, parecían de teca barnizada.

Hipnotizada, Margaret se dio cuenta de algo más. Cada vez que podía desviar su atención del combate, el púgil de Cornualles dirigía la vista hacia Thady Boy. Tras las albinas pestañas del hombre, su mirada poseía poca o nula inteligencia. Y ninguna amabilidad. Parecía expresar desprecio, pensó la joven, y excitación, y algo que no supo identificar. Lymond, situado más cerca de los dos luchadores, si lo hizo: reconoció claramente en la mirada de aquellos pálidos ojos ribeteados de rojo, el regodeo y la anticipación del deseo de matar.

El primer combate terminó pronto. Había sido razonablemente emocionante y fue premiado con un tibio aplauso. El vino circuló de nuevo por las mesas y los susurros e intercambios parecieron anticipar el momento que todos esperaban y que se cernía sobre unos pocos, conscientes del peligro y preocupados, como una amenaza insoportable. En el cuadrilátero vacío apareció la silueta de Thady Boy, majestuosamente solemne. El bardo, porra y escudo en mano, llevaba puesta una arrugada camisa y unos bastos bombachos de seda rellenos de lana. Hacía ya tiempo que su elaborado atuendo requería de un relleno adicional para seguir manteniendo su aspecto original; por lo demás, su estilo de vida estaba convirtiendo el resto de la ficción en realidad. Frente a él esperaba ahora, ligeramente agachado y vestido con la suave gamuza, el buey de Cornualles. El fuego teñía de rojo sus ojos, la calva cabeza y el hierro del pincho de su escudo.

Margaret sintió frío, se puso pálida y desvió rápidamente la mirada. Junto a ella, el perfil chato y rectilíneo de Richard Crawford no pareció inmutarse. No movió ni un músculo. Sus ojos no expresaron la menor aprensión. Por un momento, Margaret se preguntó si aquel hombre sentía verdadero aprecio por su hermano o si simplemente le movía el sentido del deber.

El combate comenzó a gran velocidad, pues el hombre de Cornualles estaba decidido a desarmar a su oponente rápidamente. Su enorme y resbaladizo corpachón se movía con sorprendente agilidad. Pero Thady Boy no le iba a la zaga. La pesada porra del de Cornualles salió volando hacia el bardo como una flecha pero éste,

moviéndose con inusitada rapidez, esquivó hábilmente el arma que se estampó contra el muro, tras rozar la cabeza de un incauto sirviente que estaba quitando platos de la mesa. Thady se colocó tras su oponente y silbó. Al volverse, el hombre de Cornualles se topó con dos golpes de escudo que resonaron contra el propio y tras prorrumpir en juramentos tuvo que retirarse y ponerse a resguardo.

Molesto, el púgil de Cornualles atacó impaciente durante unos minutos más. Las porras impactaban sobre carne y metal, pero ambos conseguían esquivar los peores golpes con habilidad. No sería así por mucho tiempo. Aún no estaban cansados, aunque la respiración del bardo sonaba pesada y agitada. Erskine, que le había visto luchar contra su hermano, ligero y templado como una espada, observaba preocupado su menguada pericia. Entonces, de improviso, Thady Boy retrocedió y lanzó con todas sus fuerzas el escudo sobre su oponente.

El escudo resonó con fuerza al alcanzar al otro en la muñeca, protegida con una muñequera de piel, y fue a caer a un rincón, girando sobre sí mismo y llevándose la porra del oponente consigo. Ahora a Thady le quedaba sólo la porra; el hombre de Cornualles ya no la tenía, pero conservaba su escudo.

La ola de comentarios se desvaneció nada más empezar. Los luchadores volvían a moverse en círculos, esta vez más despacio. Tras las blancas pestañas, los ojos del contrincante de Thady se habían transformado en dos finas rendijas. El hombre se movía con la mano derecha desplegada intentando aproximarse a su oponente. Entonces, rápido como una serpiente abalanzándose sobre su presa, lanzó una patada hacia la ingle del bardo. Los ridículos bombachos rellenos de lana amortiguaron el impacto y Thady aprovechó para atacar con la porra. El hombre de Cornualles intentó apartar la cabeza, pero fue en vano. Sobre todo porque el golpe de Thady Boy no iba dirigido allí, sino al borde de su escudo; éste se quebró con un crujido de arriba abajo y el pincho que remataba la parte inferior cayó de golpe clavándose sobre la espinilla del hombre. El luchador retrocedió, mascullando de dolor y sujetándose la pierna. Thady sonrió y lanzó al aire su porra, en un pequeño alarde de malabrarismo. El púgil de Cornualles calló. Los murmullos y las risas también. En el silencio que se apoderó de la estancia, el hombre de Cornualles comenzó a avanzar cojeando hacia el bardo.

Aunque no disponía ya de arma ni de escudo, tenía empero una ventaja sobre Lymond: un abrazo mortal y un cuerpo aceitado difícil

de asir. Además, era un profesional de la lucha, una bestia peligrosa que no necesitaba recurrir al ingenio porque llevaba aprendida la lección de ese tipo de pelea en sus baqueteados huesos.

Avanzó hacia Thady. Lymond consiguió golpearle con la porra en el hombro. Los duros y bien entrenados músculos del luchador resistieron el golpe. Sus poderosos brazos se ciñeron sobre el bardo como tenazas de acero y lo levantaron lentamente en el aire por encima de su cabeza.

El movimiento, perfectamente medido, pecó al final de exceso de confianza. En el momento en el que el hombre se disponía a lanzar a Lymond contra el suelo, éste echó todo su peso hacia delante y, con todas las fuerzas que le quedaban, pateó con los talones las corvas del luchador.

Un hombre de menos peso habría caído. El de Cornualles, sorprendido por la treta, tropezó y se enfureció al constatar que no podría estampar a su adversario contra el suelo. Optó finalmente por dejarse caer hacia delante, de tal manera que Thady Boy, aferrado a su tórax sería el primero en caer y tocar el suelo con ambos hombros.

Los púgiles se incorporaron. El de Cornualles había puntuado, por lo que si Thady quería ganar, tendría que derribarle dos veces. Por suerte todavía conservaba su porra.

Amenazó con ella a su contrincante con el fin de evitar otro abrazo de oso. En la estancia hacía un calor sofocante. El aire estaba viciado, cargado de una mezcla de olores provenientes de los alimentos distribuidos por las fuentes: el hígado y el jengibre, la empanada y la carne de venado, el penetrante aroma del queso de Milán. Los asistentes, apoyados en expectante silencio sobre las paredes revestidas de paneles de roble parecían, con sus ropajes de satén arrugados, un montón de gavilanes desplumados en una jaula.

El púgil sabía que su victoria pasaba por arrebatarle a Thady la porra. Esquivó varias veces los golpes lanzados por el bardo. Por fin consiguió asir el brazo de Thady y retorcérselo hasta hacerle soltar la porra. Thady giró para salir de la llave que amenazaba con partirle el brazo. El otro desistió y se lanzó hacia el arma caída. Thady, al darse cuenta de la intención de su oponente, no se lo pensó dos veces: alargó la pierna y el púgil de Cornualles cayó al suelo, zancadilleado. El punto se lo llevaba maese Ballagh.

El luchador permaneció en el suelo aturdido durante unos segundos. El breve lapso fue aprovechado por Thady Boy. Jadeando y bañado en sudor cogió tres cajas de mazapán glaseado de una de

las mesas para arrojárselas a su oponente. Con un rugido, el de Cornualles rodó sobre sí mismo y se puso en pie recubierto de una capa de un blanco resplandeciente. Thady sonrió: el azúcar pegado sobre el cuerpo de su contrincante haría más fácil el poder agarrarlo.

El combate prosiguió. El de Cornualles bufaba furioso cual fiera inquietante. Estaban igualados en puntos y sin armas. Thady comprobó rápidamente y muy a su pesar que no todo era ventaja en la treta del mazapán de azúcar: el azúcar se desprendía del cuerpo de su contrincante cada vez que éste giraba, de tal forma que, por momentos, tenía la impresión de enfrentarse a una nube plateada que le cegaba los ojos. Por fin, los contrincantes se engancharon con fiereza.

La lucha a brazo partido era uno de los deportes más duros y brutales. El problema para Thady era que tenía que vérselas con un auténtico especialista en eso de romper huesos. Thady intentó darle un rodillazo en el esternón pero su contrincante bloqueó el golpe con los codos y lanzó con la palma abierta un golpe hacia la nariz del bardo con la evidente intención de incrustarle el hueso nasal primario en el cerebro. Thady consiguió esquivar el golpe, no así la patada que acompañaba al ataque. Empujado en el vientre, Thady tuvo suficientes reflejos como para aprovechar el impulso de la caída, girar antes de estamparse en el suelo y, apoyando las manos en el suelo en un acrobático pino, aprisionar el cuello de su oponente entre sus piernas. Ambos contendientes cayeron aparatosamente. Los dos cuerpos se revolvieron en el suelo, en una sucesión de llaves y contrallaves mientras los espectadores jaleaban con voces escandalosas a uno u otro contrincante.

El silencio se hizo de nuevo. El de Cornualles había conseguido incorporarse, levantando en vilo a Thady, rodeándole la parte inferior del pecho con sus potentes brazos. Thady sintió que sus costillas y su espina dorsal no iban a aguantar mucho más la tremenda presión. Haciendo acopio del poco aire que le quedaba en los pulmones, soltó un aullido de dolor y golpeó con ambos puños los oídos de su contrincante. Éste se desplomó, arrastrando en su caída a Thady Boy. Durante unos segundos ambos cuerpos permanecieron inmóviles, yertos en el suelo. Por fin, Thady Boy apartó los brazos que momentos antes habían intentado matarle. Recuperó el suficiente resuello para aprisionar en su brazo el cuello del púgil, que estaba recobrándose del terrible dolor que le aquejaba los oídos y de los que emanaba un hilo de sangre.

Lymond aumentó la presión de su brazo. Poco a poco la calva

cabeza del hombre comenzó a doblarse sobre su amplio pecho, empujada por el inexorable abrazo del bardo y comenzando a descoyuntarse.

En aquel momento, en el silencio que los envolvía a ambos en medio de los murmullos y la absorta mirada de la corte, Thady Boy se dirigió al hombre de Cornualles.

Sus palabras no llegaron hasta los espectadores, pero el luchador sí le entendió. Escuchó con los ojos en blanco mientras el sudor se deslizaba por su rostro. Después, una voz siseante respondió desde la aplastada garganta:

—Mienten. *Ils mentirent, donc.*

Thady Boy volvió a preguntarle. Entre sus dedos largos e implacables, la reluciente cabeza se hundía lentamente y la rubicunda tez estaba tomando un matiz amoratado. De nuevo, la respuesta del hombre fue negativa.

Lo que tuvo lugar a continuación provocaría más de un controvertido comentario entre los indolentes espectadores. El bardo habló una vez más y, en esa ocasión, relajó la presión un ápice. El luchador le respondió con voz ronca y aquella vez el bardo pareció darse por satisfecho.

Thady Boy relajó su abrazo, se retiró un poco y, en el momento en el que el hombre de Cornualles inhalaba la primera bocanada de aire, el brazo de Thady, como una exhalación, agarró al hombre bajo la barbilla y con un golpe seco tiró del cuello hacia arriba y atrás. El atroz crujido fue audible en toda la abarrotada estancia. El cuerpo del robusto luchador cayó desmadejado sobre el suelo con los ojos en blanco y el cuello torcido en una imposible postura.

Thady Boy se agachó y se sentó en el suelo con expresión complacida, alarmada y vagamente acongojada.

—Pues sí que soy torpe —dijo—. No vais a creerlo: lo he matado.

Aquello provocó un auténtico delirio que constituyó el clímax de la velada. La satisfacción de la audiencia era palpable mientras sonaban los aplausos, los bravos y las risas exageradas; como también lo era su falta de sorpresa ante lo acontecido. Todos asumían que su maravillosa mascota pagaría adecuadamente por su bebida. Como un monstruoso fruto escarchado, el luchador muerto yacía en el cuadrilátero vacío, los perros lamiéndole los párpados.

La velada terminó pronto. El Rey abandonó la estancia con su séquito y con la Reina, pero Thady Boy Ballagh, de lo más animado

tras haber cumplido en el combate por los pelos, permaneció en compañía de sus admiradores. En el momento en que María de Guisa se levantó para marcharse, Thady Boy se puso en pie y, con paso inseguro, se dirigió hacia el séquito escocés.

Margaret Erskine lo vio aproximarse sin dar crédito a sus ojos. El bardo le ofreció una achispada sonrisa al pasar y siguió su camino hasta lord Culter. Richard Crawford, con el rostro petrificado, se encontró con los azules ojos de su hermano, que le miraba a un palmo de distancia. Un olor a sudor rancio, a vino y a borrachera hirió su olfato.

Las palabras de Thady Boy sonaron provocadoras pero estaban cargadas de un sentimiento cálido y sincero.

—Ven a verme uno de estos días si quieres, hermano. Pronto, antes de que te marches para Amboise.

Margaret vio la mirada vacilante en los grises ojos de Richard. Advirtió el rápido vistazo que dio a su alrededor, como temiendo que alguien pudiera oírlos.

—El señor d'Enguien nos está mirando —dijo Richard con precaución.

—Está celoso —dijo Thady Boy riéndose maliciosamente. Luego hizo ademán de marcharse.

—La gente hablará. ¿Cómo puedo ir a verte? —dijo Richard sonriendo mientras hablaba en el mismo tono casi inaudible.

Un dedo largo y sucio le acarició la barbilla.

—Eres demasiado prudente —dijo Thady Boy en tono lastimero—. Los únicos que importan a estas alturas saben ya de sobra quien soy. Pero si gustas, puedes deleitarnos, a ellos y a mí, con maravillosas estratagemas. Que duermas bien, cariño, y que tengas sueños modestos...

Thady Boy siguió por allí un buen rato todavía, acompañado de madame Marguerite, que había acudido a su lado. El señor d'Enguien trajo más bebida.

Margaret Erskine no pudo ver con quién regresaba al castillo.

A la mañana siguiente, la corte escocesa de la reina María de Guisa comenzó sus preparativos para mudarse a los nuevos aposentos en Amboise. Thady Boy fue convencido a su vez para trasladarse a una estancia más cómoda en el ala del castillo que quedaría vacía.